



REVISTA DE LIBROS

## Comentario bibliográfico

### **Carassai, Sebastián: *Los años setenta de la gente común. La naturalización de la violencia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.**

**Florencia D'Uva**

Universidad de Buenos Aires

*florduva@yahoo.com.ar*

Fecha de recepción: 17/02/2014

Fecha de aprobación: 28/02/2014



Cómo vivieron las clases medias argentinas, no involucradas directamente en la lucha política, los violentos años 70? Esta es, a grandes rasgos, la ambiciosa pregunta que Sebastián Carassai intenta responder en su reciente libro *Los años setenta de la gente común. La naturalización de la violencia*, editado por Siglo XXI. Sociólogo de la Universidad de Buenos Aires y doctor en Historia por la Universidad de Indiana en Estados Unidos, el autor se propone indagar sobre el comportamiento de los sectores medios no involucrados en el poder ni en la militancia política, corriendo el foco de análisis de la mayoría de los estudios sobre el período que se han centrado en los “protagonistas” de la época (p. 13). Su objetivo es comprender cómo estos sectores, que considera mayoritarios dentro de las clases medias, vivieron y naturalizaron la violencia y el terror de aquellos años. Utiliza el concepto de “clases medias” aclarando que no constituyen un todo homogéneo ya que existen diferencias en su interior. Advierte que estas fueron menos intensas en el período que estudia, lo cual le permite considerar a estas clases en su conjunto aunque teniendo en cuenta ciertas diferencias como las etarias, gremiales y geográficas (p. 18).

La investigación abarca los años comprendidos entre 1969 y 1982 y para contrarrestar la concentración de los estudios en las grandes ciudades, analiza tres localidades muy diferentes entre sí: ciudad de Buenos Aires, centro de los acontecimientos políticos; ciudad de San Miguel de Tucumán, capital de provincia con una agitada vida política durante estos años; y un pequeño pueblo de la provincia de Santa Fe, Correa, sin sobresaltos durante el período.<sup>1</sup>

Para reconstruir las trayectorias de esta “gente común”, el libro recurre a una multiplicidad de herramientas. Por un lado, entrevistas orales realizadas a residentes de estas tres regiones, que en muchos casos incluyeron el uso de material gráfico y audiovisual de consumo masivo en los setenta, compilado por el autor para usar como “disparador” de la memoria emotiva de los entrevistados. Por otro, analiza gran cantidad de revistas, periódicos, publicidades, telenovelas, programas de humor, comics, considerados parte de los consumos culturales más importantes de las clases medias durante el período.

La obra se divide en cinco capítulos, precedidos por una introducción en la que se presenta el objeto de estudio y se justifica su elección.

El primer capítulo explora la cultura política de las clases medias. A tal fin, retrocede al impacto que produjo en ellas el primer peronismo, analizando los elementos de continuidad y ruptura que existieron hasta los años setenta. El autor afirma que desde el surgimiento del peronismo, la identidad política de buena parte de las clases medias estuvo marcada por una fuerte oposición que fue debilitándose luego del golpe de 1955. Señala que el antiperonismo —o “no peronismo”— obedeció a distintas causas, pero encuentra un elemento común: la percepción de los sectores medios de sí mismos como sujetos librepensadores y autónomos, autopercepción que sentían amenazada por el peronismo. Asimismo, Carassai revisa la idea, bastante extendida y aceptada, de la “izquierdización” y “peronización” de las clases medias a principios de los setenta. Afirma que aquel fenómeno se circunscribió a una parte de la juventud estudiante y a sectores católicos progresistas y que fue Perón, en cambio, quien intentó interpelar y acercarse a este amplio sector de la población para ganar su voto en las elecciones de 1973.

---

1 Carassai señala que en esta selección tuvo en cuenta “criterios sociológicos”, que aclara brevemente en el Apéndice I, así como la presencia de sectores medios y la heterogeneidad de los sitios.

El segundo capítulo se adentra en el análisis de la violencia y su naturalización, poniendo el foco en la violencia social y su impacto en las clases medias menos politizadas entre 1969 —año del Cordobazo, considerado el punto de inflexión que terminó con la relativa “paz” de los años previos— y 1974. A partir del análisis de los medios de comunicación más consumidos por estos sectores, Carassai da cuenta de la condena a los episodios de violencia social. Señala que, a diferencia de un primer momento en el que se llamó al gobierno a moderar la represión, cuando las revueltas crecieron y se reiteraron, estos medios condenaron mayormente la violencia de los manifestantes contribuyendo a instalar un sentido común sobre la violencia social (p. 75). El capítulo continúa con el análisis de monólogos de Tato Bores —humorista con alto nivel de audiencia en los sectores medios— entre 1972 y 1975, para acercarse a la “sensibilidad de clase media”<sup>2</sup> de aquellos años. Del análisis, el autor deduce que ésta se caracterizaba por la observación ajena de la radicalización política y la autopercepción de un lugar de medio, equidistante de los extremos. Cabe destacar que en ningún momento se explica cómo es que eran interiorizadas las posturas de los medios de comunicación y las ideas subyacentes en los chistes de Bores, o cómo es que éstos eran reflejos de la sensibilidad de las clases medias.

A continuación, para tener una percepción más completa de esta sensibilidad, Carassai analiza la relación entre las clases medias y la juventud universitaria. Afirma que si las primeras, en las protestas estudiantiles reprimidas por el gobierno, se solidarizaron con los manifestantes, ello se debió más a causas morales y afectivas que a motivaciones político-ideológicas. Al mismo tiempo, de los testimonios recogidos, deduce que los estudiantes de clases medias que no se involucraron directamente en la lucha política tuvieron opiniones negativas sobre la militancia universitaria y se opusieron a la violencia a la que consideraban una esfera separada de la política, y rechazada en todas sus formas.

Al analizar los testimonios de las clases medias no estudiantiles, el autor advierte que éstos resultaron más heterogéneos que los de los universitarios, y que en las regiones en donde no hubo estallidos sociales —Buenos Aires y Correa— las memorias sobre esos acontecimientos fueron imprecisas. Por último, partiendo del análisis de dos testimonios de la región de Buenos Aires, da

---

2 Carassai define a esta sensibilidad como “una forma de ver el mundo en la que intervienen creencias, ideas y sentimientos propios de los sectores de esa clase que permanecieron distantes de la militancia” (p. 84).

cuenta de lo que considera que fueron algunos de los comportamientos más frecuentes de las clases medias no militantes hacia los estallidos sociales y la militancia. Empatía inicial y posterior desencanto, a medida que la violencia crecía, y ajenedad, traducida en desaprobación, al proceso de radicalización política.

El tercer capítulo examina la percepción de las clases medias sobre la violencia armada entre 1970, año en el que esta comenzó a crecer sostenidamente y 1977, poco después del golpe de 1976 decidido a monopolizarla. En primer lugar, se cuestiona la idea de la "simpatía inicial" por la guerrilla, basada en encuestas recopiladas por un trabajo fundacional de Guillermo O'Donnell<sup>3</sup>. Luego de explicar los límites de estos datos, Carassai introduce una investigación realizada por el sociólogo José Miguens a mediados de 1971 para conocer el grado de insatisfacción de la población con la situación política y social<sup>4</sup>. Esta arroja datos muy diferentes a los recopilados por el trabajo de O'Donnell, que para el autor bastan para demostrar el descontento sobre el momento que se vivía y un nivel de aprobación a las guerrillas bastante más bajo. Con respecto a esta interpretación, es llamativo que se acepte sin más la información que brinda una investigación realizada en medio de una dictadura militar para conocer la opinión de la gente sobre la guerrilla. Asimismo, tampoco se desarmen estos datos para justificar la confiabilidad de los mismos.

En segundo lugar, el capítulo examina la forma en que la guerrilla fue presentada en los medios de comunicación a partir del análisis de una exitosa telenovela emitida durante 1972 y 1973: *Rolando Rivas, taxista*, que atrapó la atención de todos los miembros de la familia "típica" de clase media. En la tira, uno de los hermanos del protagonista era un universitario guerrillero, presentado como la antítesis de aquel. A partir de este contraste, Carassai explora cómo expresaba la telenovela la diferencia entre el militante y el no militante, el primero comprometido con la política luchando por la revolución, el segundo comprometido con la sociedad como ciudadano, luchando para mantener a su familia. Asimismo, analizando algunos diálogos, rastrea nociones que considere típicas entre las clases medias de la época: la percepción de la política como algo ajeno al pue-

---

3 O'Donnell, Guillermo: *El Estado Burocrático Autoritario. Triunfos, derrotas y crisis*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1996 (1982).

4 CIMS: "Estudio de opinión pública sobre: medida de las insatisfacciones y del apoyo que tiene el funcionamiento del sistema existente", *Estudio n° 100* (Colecciones Especiales y Archivos. Universidad de San Andrés, Argentina).

blo, y la creencia de que los problemas obedecían a causas morales más que políticas. También, algunas de las opiniones sobre la militancia, que según el autor fueron comunes entre los sectores medios no involucrados, aparecieron en la telenovela: sensación de vivir en mundos separados, paralelos e incommunicados; sentimiento de responsabilidad por no haberse entrometido en la vida de familiares/amistades militantes, y la idea de que los jóvenes agrupados en movimientos revolucionarios eran víctimas de un “lavado” de cabeza. En este análisis nuevamente sale a la luz la igualdad entre producción y recepción, en la que cae Carassai al interpretar a esta telenovela como un reflejo transparente de la “sensibilidad” de los sectores medios, sin explicar cómo es que una producción destinada a diversos sectores sociales expresó las identidades e intereses de uno solo.

El capítulo finaliza con el análisis de memorias de clase media no militante sobre la lucha armada en los tres lugares estudiados. El objetivo del autor es acercarse al discurso público de los setenta, y para ello entrecruza los testimonios con materiales de archivo, estudios de opinión y consumos culturales de la época. El análisis se enfoca en los juicios de las clases medias sobre la experiencia guerrillera, la visión que tenían en ese entonces sobre los conflictos armados, y las maneras en las que desde el presente explican el surgimiento de los grupos insurgentes. Carassai señala que en los testimonios se evidencia el sentimiento de ajenidad de estos sectores con respecto a la violencia y afirma que si bien no se sabía con exactitud qué fines perseguían, existía la concepción de que las guerrillas estaban integradas por jóvenes de clase media/media alta, con familias vinculadas con sectores poderosos. En relación a las causas que llevaban a los jóvenes a integrarse a estos movimientos, la mayoría de los entrevistados mencionó condiciones objetivas que posibilitaron la aparición de los mismos, así como ciertas características de sus integrantes: esnobismo, rebeldía, conflicto generacional. Al igual que con el análisis de las producciones de época, las memorias examinadas en este apartado son presentadas como una expresión fiel de las ideas de las clases medias, sin someter a discusión cómo es que estos recuerdos fueron construidos, de dónde provienen, o qué nociones o ideas de otras clases y sectores pudieron haber influido en los mismos.

El capítulo cuarto analiza el comportamiento de las clases medias ante la violencia estatal entre 1974 y 1982, años en los que el Estado transformó la represión en terrorismo. En primer lugar, se señala la existencia de elementos de continuidad antes y después del golpe (desapariciones, torturas, secuestros, asesinatos) con los que la sociedad convivía desde los primeros años setenta. Según el autor, esta continuidad da cuenta de cierto acostumbramiento y naturalización de la violencia, y es clave para comprender la indiferencia de las clases medias ante la caída de Isabel Perón y su esperanza en que la nueva intervención militar lograra frenar la violencia y el desorden crecientes<sup>5</sup>. A continuación, Carassai indaga en los testimonios de sus entrevistados con el fin de comprender por qué actuaron de la manera en que lo hicieron y examinar cómo recuerdan aquellos tiempos. El eje del interrogante no está puesto en si estas personas sabían o no lo que estaba pasando, sino en cómo procesaron lo que en ese momento sabían. Antes, cuestiona las famosas máximas “por algo será” y “algo habrán hecho”, que han resumido el comportamiento de la sociedad civil durante la última dictadura. Señala que éstas no pueden explicarse únicamente como ignorancia o complicidad, sino que deben ser abordadas como expresiones del “fetichismo del Estado”, la creencia de los ciudadanos en el poder, racionalidad y saber sagrado de éste. De este modo, para las clases medias, la violencia que ejercía el Estado obedecía a una razón, aunque ésta les fuera desconocida.

A partir de analizar los distintos registros del habla, el autor nota que en muchos testimonios hubo un cambio de registro discursivo, del personal al impersonal, al tratar el tema del terrorismo de Estado. Así, al hablar de la simpatía o apoyo al golpe de 1976, los entrevistados apelaron inconscientemente a un sujeto indefinido: “uno”, “la gente”, “todos”, en el que el “yo” se disuelve junto con la responsabilidad personal.

En último lugar, Carassai analiza la presencia de la violencia estatal en el espacio simbólico. Señala que desde el golpe de 1976, el Estado reclamó y ejerció el monopolio de la violencia combatiendo la tenencia de armas de fuego, medida que tuvo su correlato en el espacio simbólico, en donde las publicidades con —y de— armas se redujeron hasta desaparecer. El gobierno militar se mostró dispuesto a ejercer la violencia tanto como creyera necesario (lo cual queda evidenciado

---

5 De hecho el autor señala que había memoria de golpes anteriores y que estos no significaban terrorismo de Estado, así como democracia y dictadura no eran entendidas como opuestos.

en la campaña publicitaria contra la evasión, lanzada a mediados del 1977, que el autor examina) y dividió a la población en buenos y malos, apelando a la noción de “subversión” como fantasma al que se asociaba cualquier diferencia considerada inintegrable a la nación.

El quinto y último capítulo examina las representaciones de la violencia entre 1969 y 1975 con el objetivo de explorar el humor social de aquellos años. Para ello, se centra en publicidades de época, incorporadas al análisis como producto y vehículos de ideas, valores y creencias compartidas que median el deseo social. En primer lugar, se subraya el lugar “atípico” que ocuparon las armas en el discurso periodístico y publicitario de estos años, ya sea para acentuar la hombría o seguridad, connotar amistad o aventuras, o como metáforas de sensualidad y seducción. La gran cantidad de publicidades, entrevistas periodísticas y artículos en los que se exhibían armas indican, para Carassai, la connotación positiva que éstas tenían en un contexto de ascenso de nuevos valores (peligro y agresividad en las mujeres, impiedad, audacia y búsqueda de poder en los varones). Asimismo, nota que muchas publicidades utilizaron metáforas de la violencia (una bebida era “un balazo para la sed”, la liquidación en una casa de ropa era un “tiro”, un *soutien* “mataba” en la intimidad) y con frecuencia los medios de comunicación publicitaron armas como mercancías. La pregunta que el autor plantea es por qué estos símbolos interpelaron a las clases medias. Enseguida advierte la relación que existe entre un arma y una solución drástica e irreversible y sugiere que las armas representaron en el plano simbólico lo que buena parte de los sectores medios esperaban, aunque no eran los únicos, como solución a la crisis social: un cambio radical, inmediato, irreversible, de raíz. Esta expectativa es la que le explica, entonces, la valoración positiva que tuvieron las armas en la primera mitad de los setenta y su notable presencia en el espacio simbólico, que iba de la mano con la esperanza de un cambio instantáneo y total que hiciera “borrón y cuenta nueva”.

Por otra parte, Carassai da cuenta de cómo el humor gráfico, consumido por buena parte de los sectores medios, reflejó el clima violento que había asumido la política. Señala que desde principios de los setenta la violencia política se convirtió en un tema frecuente del humor local y que, inclusive, algunos chistes bromearon sobre la tortura y desaparición de personas. Postula que al analizar de qué se ríe una sociedad se puede saber qué cosas se encuentran dentro de los límites de lo aceptable, naturalizado. Así, que se hayan realizado humoradas alrededor de la violencia sugiere el grado de banalización y naturalización que ésta había adquirido.

La conclusión del capítulo es que, en un contexto de violencia creciente y cotidiana, la violencia ocupó un lugar primordial en los consumos culturales dirigidos a los sectores medios, lo cual revela la naturalidad con que la comunidad la había incorporado como forma de sociabilidad, banalizándola.

El libro finaliza con un apartado de conclusiones y un epílogo, que repasan las ideas más importantes en una suerte de resumen. La principal conclusión es que el Estado pudo usar —y abusar— de la violencia del modo en que lo hizo, debido a los años precedentes en los que ésta ocupó un lugar inédito en el terreno político y social. Si como reza el anuncio de la tapa del libro, “con la izquierda, no”, tampoco se puede afirmar que la “gente común” que aparece a lo largo de la obra haya apoyado abiertamente a la derecha o a los militares. Esta actitud de la mayoría silenciosa, o silenciada, según cómo se la mire, es la que el autor intenta explicar. De todos modos, no debe olvidarse que estudiar a un sector tan amplio y heterogéneo como las “clases medias” implica cierto grado de generalización, y si bien el trabajo considera algunas de las diferencias existentes al interior de estos sectores, se centra en las personas que en los setenta fueron adultas. Seguramente la investigación arrojaría otros resultados si se tuvieran en cuenta a los que vivieron aquel período siendo jóvenes, o si se incorporaran otras variables al análisis. En este sentido, si bien al definir a las clases medias Carassai promete tener en cuenta su heterogeneidad, la única diferencia que realmente considera es entre sectores medios militantes universitarios y el gran resto. Este recorte deja de lado a círculos militantes de otros ámbitos y desconoce hasta las variables etarias y geográficas que había propuesto tener en cuenta. Asimismo, tanto los testimonios como las producciones de época analizadas, son interpretados linealmente, como expresión de lo que el autor denomina “sensibilidad de clase media”, obviando las mediaciones que existen entre producción y consumo y entre lo vivido y lo relatado.

Más allá de estos límites, *Los años setenta de la gente común* es un libro que invita a pensar, reflexionar y formular nuevas preguntas para estudiar esta década desde otra perspectiva.